

## PRÓLOGO

Salvo en el caso de obras antiguas, no me gustan los prólogos largos. Suelen indicar que la obra es mala o que es malo el prologuista. O ambas cosas. La primera circunstancia queda descartada de antemano; la segunda, espero que también. Así que seré breve.

A lo largo de más de dos siglos, decenas o centenares de miles de médicos en todo el mundo se pasaron a la homeopatía al comprobar sus efectos sorprendentes. De hecho, así fueron reclutados la mayor parte de los homeópatas desde el origen del método hasta nuestros días. La inmensa mayoría de estos médicos eran clínicos, es decir, trataban pacientes y, en la búsqueda de mejores soluciones para los problemas de sus pacientes, se encontraron con el método homeopático.

La autora del presente volumen también es médico y también se encontró con la homeopatía, pero su caso es diferente a otros porque ella no atendía pacientes. La doctora Segura (Lolaí por nombre afectuoso) es anatomopatóloga y como tal su trabajo siempre ha consistido en estudiar las muestras de órganos y tejidos que le enviaban los clínicos y establecer si en esas células, en esos tejidos, podían objetivarse alteraciones que establecieran o facilitasen un diagnóstico. Jamás necesitó ver a un paciente ni prescribir un tratamiento. No era un médico al uso. Como complemento a esa labor diagnóstica, también se dedicó a la investigación. Nada más lejos de la praxis médica. ¿Por qué una mujer de laboratorio decide convertirse en homeópata? Ella nos lo explica, así que no lo repetiremos aquí. Bástenos con subrayar lo extraordinario y peculiar de este cambio.

Tal peculiaridad no podía dejar de reflejarse en *La homeopatía a la palestra* ya que el método homeopático, visto desde la perspectiva de una investigadora, presenta matices y reflejos en los que un clínico de toda la vida nunca habría reparado. Aquí radica el mayor interés de este libro: es un libro muy personal de una médico muy singular.

Segura confiere una gran importancia al rigor metodológico a aplicar a su tema de estudio y, como auténtica científica, pone en primer lugar la experiencia. La experiencia, en este caso, está constituida por unos hechos clínicos reiterados y contumaces que ella vive en primera persona y también como testigo cualificado: las curaciones sorprendentes realizadas con tratamientos homeopáticos. Ella no las entiende porque toda su formación e incluso el sentido común imperante le dicen que aquello no puede ser, que no tiene ni pies ni cabeza que unas pequeñas bolitas sin moléculas del remedio que se pretende utilizar puedan ser las responsables de semejantes curaciones. ¿Qué hacen otros muchos “científicos” ante tales observaciones? Negar los hechos y atenerse a sus prejuicios porque, ¡oh prodigio!, ellos son “científicos” y lo que no puede ser, no puede ser. Sin embargo, todos sabemos y lo dicta el sentido común, que un científico que niega los hechos no es tal científico. Porque la ciencia consiste precisamente en explicar los hechos.

La doctora Segura supo que no podía negar lo que estaba presenciando y optó por investigar. Lo investigó desde un punto de vista teórico y práctico, se involucró y se comprometió con aquello que resultaba evidente: que la homeopatía cura.

Lo evidente es lo claro, lo manifiesto, lo que no se puede poner en duda. Por ejemplo, los cuerpos caen. Newton no demostró que los cuerpos caen, eso era evidente. Lo que demostró fue su hipótesis de por qué caen y puso de manifiesto las condiciones en las que caen; elaboró fórmulas que nos permiten establecer la velocidad de un cuerpo en cada momento de su caída; estableció la ley de gravitación. Todo eso no era evidente para el común de los mortales. Newton lo demostró científicamente. Lo evidente era lo que sabía todo el mundo, a saber, que los cuerpos caen. A esa verdad establecida por la ciencia hoy se la denomina evidencia científica, pero, como sólo es evidente para los que tienen conocimientos científicos, prefiero llamarla “verdad científica”.

Pero no siempre la evidencia se corresponde con la verdad científica: por ejemplo, a simple vista, es evidente que la Tierra es plana. La historia registra una gran cantidad de pensadores desde la Grecia

clásica que han afirmado la esfericidad de la Tierra. Sin embargo, cuando, ¡veinte siglos después de que los sabios manifestaran tales conocimientos!, Colón inicia las gestiones para su viaje y trata de demostrar que, navegando hacia occidente llegará a la India porque la Tierra es redonda, nadie lo cree. La simple evidencia nos dice que la Tierra es plana y a los efectos del simple caminante, lo es. La verdad científica resultó ser que es redonda, pero ningún sabio dedicó el menor esfuerzo a demostrar que “no es plana”, eso habría sido bastante estéril. La simple evidencia de la esfericidad de la Tierra, la hemos tenido cuando ha sido posible fotografiar nuestro planeta desde el espacio. Y ahí han coincidido la evidencia y la verdad científica.

Los barcos flotan, eso también es evidente a simple vista. La ley que determina su flotación, el principio de Arquímedes, explica científicamente por qué flotan. Aquí vuelven a coincidir la evidencia simple y la verdad científica. El principio de Arquímedes no es evidente, salvo para quien posea ciertos conocimientos: es una verdad científica.

Vemos que, de un modo u otro, la evidencia simple y la verdad científica siempre terminan por coincidir.

¿La evidencia palmaria de las curaciones homeopáticas es de aquellas que llegará, o no, a ser refrendada por la “evidencia” o verdad científica? Dada su formación y su trayectoria profesional, para la doctora Segura es importante enfrentarse a esta pregunta y tratar de darle respuesta. Y es precisamente esa tarea, abordada desde el punto de vista de la autora, lo que hace este libro tan interesante, no sólo para el público general o para los médicos alópatas que quieren acercarse a la homeopatía, sino también para los propios homeópatas, porque, si bien es cierto que Lolá nos viene a decir lo que ya sabemos, no lo es menos que nos lo dice de otra manera.

Esa otra manera resulta muy enriquecedora porque no deja ni una tecla sin pulsar. Y las pulsa a la manera de Hahnemann: acudiendo a los estudios, estadísticas o ensayos realizados, no por homeópatas, sino por representantes de la ciencia oficial. En *La homeopatía en la palestra*, la autora despliega ante el lector una considerable cantidad de datos cualificados y documentados, exponiéndolos con una aplastante lógica en la que también da espacio al oponente. Y termina proponiendo un debate inteligente abierto a propios y extraños. ¿Se producirá tal debate? Habrá que esperar para saberlo.

Mientras tanto, la doctora Segura nos guía a través del laberinto de críticas hechas a la homeopatía (algunas más razonables, otras completamente descabelladas), las va analizando una por una y combatiendo desde una lógica muy eficaz avalada por datos científicos procedentes de una amplia y selecta bibliografía.

Y recorriendo todo el texto de *La homeopatía en la palestra*, encontramos la experiencia personal de la autora con pacientes, muy reconocible por cualquier homeópata porque es la misma que poseemos todos, experiencia que es, para los que la comparten, la única evidencia. ¿Podrá la ciencia avalar como verdad científica, desde su particular posición, esa evidencia que todos los homeópatas compartimos? Leyendo a Lolá, uno llega a la conclusión de que ya lo ha hecho, de que la ciencia ya ha aportado datos suficientes al menos para poner seriamente en duda la negación cerril de un método homeopático tan útil y, ¿por qué no decirlo?, tan hermoso.

A partir de ahí, sólo queda esperar que se imponga el sentido común y se desactiven los intereses contrarios a un método terapéutico impecablemente científico, el único creado por un médico en ejercicio, el único basado en un principio inducido de la observación, propuesto como hipótesis y confirmado hasta la saciedad, el único que puede ser considerado con justicia como la medicina de la modernidad, el único que ha prevalecido más de dos siglos en medio de una tormenta de críticas y descalificaciones y que ha sustentado su éxito tan sólo en la evidencia.

La palestra era el lugar donde se celebraban los torneos. Se trataba de combates entre caballeros.

**Ahí precisamente es donde la doctora Segura quiere poner la homeopatía, su homeopatía, porque sabe que, después de haber resistido más de dos siglos de combates desiguales, intrigas, trampas, artimañas y puñaladas traperas, si sus enemigos acceden a subir noblemente a la palestra, ahí la homeopatía vencerá.**

**Emilio Morales  
Médico homeópata.**